

en brazos de lo por venir, despreciando preocupaciones añejas, combatiendo inveterados errores y aniquilando arraigadas ideas de exclusivismo é intransigencia.

Las revoluciones del progreso en su marcha ascendente por la vía del adelantamiento, son hechos que tienen que realizarse á despecho de las resistencias y obstáculos que les opongan los intereses bastardos y las ambiciones egoistas: esos movimientos del espíritu humano en pro de la consecución de grandes bienes y de la obtención de seductoras verdades, constituye algo sobrenatural, que no hay poder humano que pueda detener.....

Fruto de las aspiraciones de una época, los insensatos que invocando un pasado lleno de errores pretendan oponerse á su paso, serán arrollados irremisiblemente, dejando un triste recuerdo de su fatal ofuscación, como ejemplo digno de ser tomado en cuenta por las generaciones venideras, y como merecido escarmiento para sus pérfidas maquinaciones.

Esto ha pasado en México; pero para el logro de esos inapreciables bienes, expresión genuina de las conquistas de la *Reforma*, se necesitaba como digno complemento, el concurso de caracteres enérgicos, de almas elevadas escogidas por el destino para el cumplimiento de grandes promesas, y para el desempeño de misiones meramente providenciales.

Ni como patriota y estadista, ni como militar y político pudo Comonfort salvar esa situación en que se vió envuelto: él quería una *fusión*, pero sin herir en lo más mínimo los intereses, las creencias y las pretensiones de ese partido conservador tan opuesto á todo movimiento de avance; por lo tanto, sus laureles de Acapulco, de Zapotlán y Puebla se marchitaron al soplo ardiente de las ideas de *Reforma* que otro hombre, de extraordinaria fuerza de voluntad, de convicciones profundas y de estricta sumisión al deber, supo llevar á cabo por medio de una revolución gigantesca que llenó de luto y de sangre, pero al mismo tiempo de imperecedera gloria, la vasta extensión de nuestro territorio.

CAPITULO II.

Pronunciamiento de la Brigada Echeagaray por el plan de Tacubaya.—Inconsecuencia punible de su jefe.—Primeras providencias que dicta.—Su proclama.—Nota que dirigió al Gobernador constitucional, Lic. D. Miguel C. Alatríste.—Ojeada retrospectiva.—La reacción en Puebla.—Conducta censurable del clero.—Documentos importantes que lo comprueban.—El Padre Miranda.—Su activa propaganda en pro de la causa conservadora.—Algo acerca de este personaje.—Salida de Alatríste hacia la Sierra Norte del Estado de Puebla.—Personas que lo acompañaban.—Llega á Zacatlán.—Establece de pronto allí su Gobierno.—Antecedentes honrosos de dicha población.—Algo de historia.—Un Regimiento de *Amazonas*.

El pronunciamiento de la Brigada Zuloaga el día 17 de Diciembre de 1857, proclamando el Plan de Tacubaya, fué secundado en Puebla la madrugada del 18 por las tropas que mandaba el General D. Miguel María de Echeagaray.

Altamente notable fué para la gente sensata el movimiento ejecutado por este militar, pues no hacía aún un mes que con motivo de la derrota en Amozoc, el 26 de Noviembre anterior, de los cabecillas Cobos, Moreno y Vicario, expidió una proclama á sus subordinados en la que estampó los siguientes conceptos:

“Hoy habéis dado un golpe fatal á la tenaz reacción, á esa reacción vandálica que semejante al huracán arrastra cuanto encuentra, violando los derechos más sagrados de la sociedad de los pueblos civilizados: habéis dado con la derrota de los bandidos un triunfo á la causa del orden y del progreso. ¡Bien, muy bien!”

Continúa elogiando la conducta de sus soldados, y concluye así: “y vuestro General se llenará siempre de orgullo al decir.

Tuve la honra de mandar la Brigada que combatió en Amozó con bizarría á los reaccionarios el 26 de Noviembre de 1857."

Netamente retrógrado el movimiento á que nos estamos contrayendo, empezó desde luego á surtir sus perniciosos efectos, pues el nuevo poder publicó como primera providencia del régimen que iba á inaugurar, un decreto levantando la Intervención de los bienes del clero en dicha Ciudad: los frailes y las monjas ocuparon en el momento sus antiguas estancias; las procesiones y demás actos del culto externo volvieron á ser puestos en práctica, con inusitado lujo, en una población que tanto abunda en elementos ultramontanos y que blasona de ser eminentemente católica, apostólica, romana.

Expidió á la vez dos decretos; uno derogando el que estableció las cuatro Secretarías de Gobierno, y el otro, nombrando el Consejo de éste, y el cual quedó formado de la manera siguiente:

Presidente.	Gral. Don Cosme Fúrlong.
Vocales	„ José Antonio Sobreira.
„	„ Manuel Pérez Almandaro.
„	„ Francisco Morales.

Nombró Secretario de Gobierno al Lic. D. José María Cora, y Prefecto de la Capital, al de igual clase D. Pedro Torres Larrainzar: las autoridades liberales y los demás empleados de la administración que acababa de desaparecer, fueron destituidos en masa, con cierta delectación por parte de un partido rencoroso y ruin, que jamás perdona y que tanto se distingue por su intransigencia y exclusivismo.

A la sazón que dictaba las disposiciones que anteceden, lanzaba á los vientos de la publicidad la siguiente proclama:

“El C. Miguel María Echeagaray, General de Brigada de la República Mexicana, á los Ciudadanos del Estado libre y soberano de Puebla.

“Compatriotas: Toda la Nación me conoce y me ha visto seguir paso á paso en la carrera militar, por el sendero del orden y del honor, dejando por huella la lealtad y abnegación, sin mancharme con defecciones ni sediciones militares; escrupuloso siempre en los cambios políticos, nunca he querido aventurarme á tomar parte en su dirección, pues me he considerado siempre como el brazo que, aun-

que débilmente, ejecuta, y no como la cabeza que piensa; esto es, he pretendido ser soldado y nunca político; sin embargo, cuando ví promulgar la fatal Constitución que hoy nos rige, creí que más adelante me vería en muy graves conflictos, y al jurarla, lo hice de una manera excepcional, exclusivamente mía, poniendo, entre otras, la condición de sostenerla, si la Nación la aceptaba, pues mis servicios se han dirigido á ella, y no á ninguno de los partidos que la agitan.

“Los hechos posteriores me han demostrado terminantemente que la Constitución no ha sido admitida por un solo ciudadano de los siete millones de habitantes que tiene la República; de manera que para juzgarla mala no se necesita más que tener sentido común.

“En consecuencia, me propongo seguir el Plan iniciado en Tacubaya el día de ayer, y secundado hoy en México, Veracruz y Perote, el cual corre en un impreso por separado. Tengo confianza en vuestras opiniones, y os encargo que las virtáis con entusiasmo: pero de ninguna manera con desorden, que pudiera ser muy trascendental en esta preciosa Ciudad destruída por la guerra fratricida.

“Siempre he defendido la causa de los pueblos, debiendo mis ascensos militares al acatamiento á su voluntad; creo así cumplir con mi deber, que si me equivoco, será sin prevención ni malicia.

“Todos los dignos militares que me honran con su obediencia, están de acuerdo conmigo en la determinación que tomo, convencidos como yo, de que tal es el voto nacional, y en el mismo sentido se hallan los Sres. Jefes, Oficiales y tropa de la guarnición.

“Puebla, Diciembre 18 de 1858.—*Miguel M. Echeagaray.*”

En seguida dirigió al Gobernador legítimo, la siguiente nota:

“República Mexicana.—Brigada Echeagaray.—General en Jefe.—Excelentísimo Sr.—No sé si V. E. estará al tanto de los movimientos políticos verificados ayer en Tacubaya y hoy en la Capital de la República, en Veracruz y Fortaleza de Perote: á esto ha dado lugar la imprudencia de muchos de los encargados del poder público, y á las exageraciones de ciertos principios los cuales han comprometido altamente, no sólo al sistema liberal tan análogo á nuestras costumbres, sino á la misma nacionalidad; se ha proclamado una idea exacta de conveniencia pública. La Constitución vigente dejará de existir; sí, esa Constitución que dejó descontentos á sus mismos autores, y es reprobada por siete millones de habitantes.

“Yo, que me he considerado siempre como soldado de la Nación, y no como (soldado) instrumento de ninguno de los partidos, me he resuelto á seguir la marcha trazada por la opinión pública desarrollada de manera que no puede haber duda alguna de que rechaza á toda costa la Constitución que rige; esto supuesto, he aceptado el Plan proclamado en Tacubaya que acompaño en copia, contando con que la Nación lo acepta, así como la Brigada de mi mando y la guarnición de esta ciudad, compuesta de ciudadanos, lo han aceptado.

“En este concepto, ya V. E. supondrá que desconozco las emanaciones de la propia Constitución, lo cual he creído deber poner en su conocimiento ofreciéndole á la vez las seguridades de mi consideración y aprecio.

“Dios y Libertad.—Puebla, Diciembre 18 de 1858.—*M. M. de E.*—Excelentísimo Sr. D. M. C. de Alatríste.”

Como puede deducirse de los documentos anteriores, la reacción venía desde tiempo atrás, preparando un movimiento revolucionario que hiciera cambiar del todo el sistema liberal que imperaba en la Nación: en 1856 hizo grandes esfuerzos para conseguirlo, por medio del ataque y toma de la Plaza de Puebla por las fuerzas sublevadas de Haro y Tamariz, y del pronunciamiento de Orihuela en fin de Octubre del mismo año.

Sofocadas esas intentonas, el día 11 de Noviembre de 57, fué descubierta en el Sagrario de la Catedral, otra del mismo carácter, y que el Gobernador Alatríste supo reprimir con energía, y de que dió cuenta al público por medio de un manifiesto cuya parte principal dice así:

“La Providencia Divina ha salvado anoche á esta Capital de un peligro que la amagaba hace muchos días. Los hombres de Diciembre, Marzo y Octubre habían preparado para Puebla una de esas saturnales que recientemente ha celebrado la reacción en Querétaro, en San Juan del Río, en Cuernavaca y Celaya. Afilados estaban ya los puñales; asalariados los asesinos que los debían acompañar; preparadas las limas con que debería quitarse á los presidiarios el grillete; la seducción y el cohecho se arrastraban como culebras á la puerta de los cuarteles, y las gavillas de facinerosos y forzadores que han llenado de luto á algunos pueblos del Estado, venían á aguardar

noche tras noche á las garitas, la señal prometida para poner á sacó la ciudad en el desorden del incendio, y derramar sobre ella el luto y la desolación.

“Que el Gobierno hubiese tenido un poco menos de vigilancia, y los forasteros que hubieran llegado hoy á Puebla habrían tenido motivo para preguntarse si había venido á visitarla el ángel exterminador; pero mientras velaban los conjurados reglamentando el pillaje y la matanza, el Gobierno velaba también por la salud pública, y á la hora señalada, los miserables que se arrojaron á ejecutar el torpe intento, hallaron el sepulcro á sus pies.

“¡Que su sangre caiga sobre los autores de la infame trama!

“El Gobierno, que respeta hasta el fanatismo la vida de los ciudadanos, y que sabe que habrá un día en que dará cuenta hasta del último cabello de los seres cuya vida debe proteger, jura con la mano sobre el corazón, que no siente las palpitaciones del remordimiento.....”

“No, vosotros sabéis bien, conciudadanos, sobre qué conciencias recae la sangre que ha venido á alumbrar el sol del 11 de Noviembre. Hay una facción infernal y tenebrosa que por salvar ruines intereses, combate con odio reconcentrado las inocentes aspiraciones de ese pueblo para mejorar su condición social: esa facción ha sacrificado en la lucha tantas víctimas, que bastarían para poblar nuestro territorio desierto, y ha sacrificado sumas tan enormes, que bastarían para hacer á la Nación opulenta y poderosa.

“Esa facción ha luchado enmascarada como los salteadores; pero últimamente se le ha caído el disfraz en el ardor de la lucha, y batalla como un insensato contra el torrente de los tiempos que se lleva consigo las prerrogativas y las instituciones ilegítimas, y al caer aquél disfraz hemos visto con escándalo que cubría el manto de los discípulos del Salvador.

“Esa facción tenaz y rencorosa se compone de hombres cobardes, que el día de una asonada se ocultan bajo siete estadios de tierra, para que, en caso de revés, el hacha de la justicia no pueda caer más que sobre los mercenarios instrumentos de que se sirven.....”

“En nombre del derecho supremo de conservación que tienen las sociedades; en nombre de los ciudadanos morigerados y laboriosos

cuyas vidas y propiedades no deben estar á merced de una maquinación anti-social; en nombre del horror á la anarquía; en nombre de la conciencia pública escandalizada; en nombre del mismo Dios, indignado sin duda por el abuso que se hace de su religión sacrosanta, protesta este Gobierno no contemporizar por más tiempo con la avaricia y la simonía disfrazadas de patriotismo y celo apostólico, y ofrece poner fin á la impunidad de la facción devastadora que consume al Estado."

Como consecuencia de esas criminales maquinaciones del clero, el Gobernador Alatríste ordenó la intervención de los bienes Eclesiásticos que un decreto del Presidente Comonfort, en cuyo cerebro ya germinaba la idea funesta de cambiar el orden de cosas existente, había hecho cesar.

El nuevo decreto venía precedido de los siguientes considerandos:

"Que desde que se levantó la intervención de los bienes del venerable clero de esta diócesis, los malos sacerdotes han estado promoviendo tenazmente la reacción, haciendo servir á sus nefandos planes de asesinato y desolación, los caudales de que son depositarios, para sostener con ellos el culto religioso y proveer á las necesidades de sus individuos:

"Que los sacerdotes que ya otras veces han estado complicados en las sediciones promovidas en contra del Gobierno establecido, han vuelto de nuevo á acandillar las filas de los reaccionarios y á dirigir sus tenebrosas maquinaciones, habiendo aprehendido algunos de entre ellos disfrazados y dispuestos á proteger las asonadas que ellos mismos promovían, y encontrando en su poder los planes de la revolución, reducidos al frío y atroz asesinato de las personas que, fieles á su conciencia y á sus deberes de ciudadanos, sirven al Gobierno:

"Que en poder de los reaccionarios existen libranzas aceptadas por personas del clero, que tenían por objeto fomentar la revolución:

"Que el Sagrario de la Santa Iglesia Catedral ha permanecido abierto toda la noche anterior, tal vez con el objeto de procurar un refugio á los malcontentos que en esos momentos asaltaban los cuarteles y el palacio; y por último;

"Que el invertir esos capitales en el trastorno y desmoralización

de la sociedad y no en los sagrados objetos á que están destinados, es la más horrible profanación y una falta gravísima que reclama del Gobierno una providencia que las evite, he tenido á bien decretar, etc."

Publicado el decreto á que se alude, el Gobernador de la Mitra, Canónigo D. Eusebio Espetillo, dirigió una nota al Gobierno, alegando no haber llegado á su noticia los manejos atribuidos al clero en los considerandos del decreto relativo, pues que de no ser así, él habría procedido á la averiguación y castigo de los delincuentes, aplicándoles todo el rigor de las leyes y demás prescripciones canónicas conducentes; y que si aparecían algunas firmas de Eclesiásticos, como valores en documentos usuales y corrientes, aquellas sólo afectaban la responsabilidad personalísima de los firmantes.

A esa nota contestó con otra el Sr. Alatríste, en la que resaltan los siguientes conceptos:

"Si no creciera el escándalo con sacar á la luz pública las intimidaciones de la policía, se vería que el cabo de los hilos que ésta sigue en sus pesquisas, viene á encontrarse las más veces en manos de un sacerdote. En casi todas las asociaciones tenebrosas y sediciones que ha sorprendido el Gobierno, ha tenido el sentimiento de hallar al clero figurando, por decirlo así, como socio capitalista.

"El abuso que el clero ha hecho en el Estado, del púlpito y hasta del tribunal de la penitencia, no puede ignorarlo el Gobierno Eclesiástico, á quien por tal motivo se han dirigido quejas reiteradas. Pues hace tiempo ya que no se limitan á ese exceso los malos sacerdotes; ya no se satisfacen con exaltar el fanatismo de los ciudadanos pacíficos y laboriosos, sino que, apelan á los instintos sanguinarios y rapaces de los bandidos, los organizan en gavillas y los lanzan en nombre de la religión á los caminos y á las poblaciones indefensas, pudiendo citarse el caso de que un clérigo convertido en salteador, se haya incorporado á una de esas bandas de facinerosos, para asaltar un convoy de traficantes y autorizar el reparto del botín.

"Estos hechos, por más que V. S. los ignore, los refiere todo el público con escándalo, y el Gobierno, lo repito, no puede cerrar los oídos á los clamores de la conciencia pública.

"El clero ha sido constantemente en México el banquero de la

oligarquía, y han metido en sus arcas *la mano hasta el codo*, todos los conjurados contra la libertad del país; pues en estos últimos días se ha hecho todavía más: agotados los recursos pecuniarios se ha apelado al capital del crédito, y la firma de uno de los antecesores de V. S. en el Gobierno Eclesiástico ha circulado por ahí, en letras que pasan de mano en mano, como el papel moneda de la reacción."¹

Puebla era una especie de campo abierto de la pandilla conservadora, y no sin justicia las autoridades tenían el deber imprescindible de ser enérgicas é inexorables contra esos manejos punibles de los trastornadores del orden público.

Y en esa *santa cruzada* emprendida y predicada con tanto afán, con tanto cinismo y tan reconcentrado odio, por la reacción desatentada y frenética, figuraba en primera fila el reverendo D. Francisco Javier Miranda, una especie de Pedro el Ermitaño, aunque sin la unción mística y buena fe que animaba á éste en su fanatismo y loca alucinación por rescatar el sepulcro de Jesucristo.

Un escritor notable decía á propósito de nuestro *héroe*, y contrayéndose á los tiempos y circunstancias que estamos describiendo, lo siguiente:²

"Era el alma de todos estos trabajos el presbítero D. Francisco Javier Miranda, cura del Sagrario de Puebla, uno de los hombres que más esfuerzos hicieron por el triunfo de su partido, y que más guerra dieron al Gobierno de Comonfort. Había sido desterrado en los primeros días del Gobierno de Alvarez, pero había vuelto disfrazado á la República á principios de 1856, y desde entonces no se pasó un día sin que la reacción le debiera algún pensamiento, algún paso ó alguna tentativa en perjuicio del Gobierno existente.

"Ya se había dado á conocer en épocas anteriores, por la astucia con que sabía trabajar en las luchas electorales para dar el triunfo en ellas á sus amigos, y por la habilidad con que sabía dirigir una intriga parlamentaria para ganar una votación; pero en la época de

¹ Decía "La Sociedad," en un artículo correspondiente al 23 de Abril de 1858.

"El Gobierno que sucedió al Sr. Santa Anna, y permaneció hasta el 17 de Diciembre último, tuvo enemigos y fuertes desde su mismo nacimiento, como tuvimos ya ocasión de indicarlo: primer elemento de oposición, *el clero*, atacado en su conciencia, en su ministerio y hasta en su congrua....."

² Don Anselmo de la Portilla.—Gobierno del General Comonfort.—Capítulo V.—Páginas 103 y 104.

que vamos hablando, probó que nadie le igualaba en el fervor infatigable con que arreglaba los hilos de una conspiración ó de un pronunciamiento, ni en la audacia y la tenacidad con que renovaba su tarea cada vez que veía sus planes destruidos por la vigilancia de sus contrarios.

"Desde que regresó á la República, vivió casi siempre en la capital; pero salió muchas veces para ir á Puebla, á Guanajuato y á San Luis; y cada uno de estos viajes era señalado por algún hecho tan desagradable para el Gobierno, como ventajoso para sus enemigos. Andaba siempre disfrazado y cambiaba incesantemente de residencia en la ciudad, por cuyo motivo la policía nunca pudo aprehenderlo; aunque otros dicen que Comonfort no tomó empeño en haberle á las manos, porque conocía que ni con todo su poder le podría salvar de las consecuencias del odio que inspiraba."

El 25 de Noviembre de 57, una fuerza reaccionaria procedente del Sur del Estado, y al mando de los cabecillas Moreno, Cobos y Vicario, penetró hasta los suburbios de la ciudad, saqueando *de paso* el barrio de la "Luz;" mas teniendo noticia de que la seguían de cerca fuerzas del Gobierno al mando del General Don Miguel M. de Echeagaray, huyó rumbo á Amozoc donde fué alcanzada y batida mediante un combate reñido y sangriento, que le causó pérdidas de consideración.

Atento lo que antecede, no debe extrañar el pronunciamiento de la reacción, que astuta y tenaz, alentada por la política de contemplaciones de Comonfort, aprovechó esa circunstancia para enseñorearse de pronto de algunas poblaciones de importancia, y envolver al país en una guerra tremenda, desplegando para ello hasta lujo, puede decirse, de actividad y audacia, que la República contempló llena de asombro é indignación.

A su vez, verificado el movimiento reaccionario en la Capital de México, el Gobernador constitucional Lic. D. Miguel Cástulo de Alatríste, salía furtivamente de Puebla, venciendo obstáculos y riesgos inauditos: apoyado en la ley y con la firmeza de convicción que caracterizaba y distinguía á ese gobernante, se dirigió la madrugada del 18 de Diciembre, á la Sierra Norte del Estado, con el designio de establecer allí la autoridad legítima y emprender la campaña contra los usurpadores.

Acompañábanlo, entre otras personas adictas al partido liberal, los diputados Andrade Párraga, Ramón Márquez Galindo, Juan N. Méndez, Felipe Isunza, Pedro Pablo Carrillo, Agustín Domínguez y algún otro cuyo nombre no recordamos: este grupo de ciudadanos y su digno Jefe llegaron á Zacatlán la mañana del 20 del referido mes de Diciembre, y aquél patriota vecindario los recibió con señaladas demostraciones de cariño y simpatía.

La ciudad mencionada es una de las que se enorgullece de poseer, esa parte montañosa conocida con el nombre de Sierra de Puebla; por lo tanto, creemos oportuno darla á conocer, aunque sea á vista de pájaro, para mayor inteligencia de los sucesos que tendremos necesidad de referir en el curso de esta narración.

Situada en una campiña risueña; cubierta de bosques vírgenes que exhalan el aroma de una rica vegetación; surcada por arroyos murmurantes que derraman la fecundidad y la vida, Zacatlán se presenta al viajero, adornada con los mil y mil encantos de su privilegiada naturaleza y con los atractivos de su magnífica posición.

Desde la lucha homérica por la Independencia, ha dado señaladas muestras de su patriotismo é ilustración, siendo en aquella inolvidable época uno de los puntos que se consideraban como el apoyo principal de la insurrección, fuera del territorio considerable en que mandaba el generalísimo Morelos.

Luego que el inmortal Hidalgo proclamó nuestra emancipación, en el pueblo de Dolores, los independientes del rumbo empezaron á agitarse, ávidos por sacudir el yugo de la dominación extranjera: comenzaron á organizar pequeñas partidas de insurgentes, y ya al promediar el año de 1811, el Jefe de éstos D. José Francisco Osorno, persona notable de la Comarca, ocupó la población expresada á la cabeza de setecientos hombres.

El movimiento cundió por toda aquella demarcación, asumiendo proporciones alarmantes, pues en virtud de él se presentó en Zacatlán, al frente de una sección de tropa, y procedente del Interior, el joven Aldama, sobrino del héroe que lleva el mismo apellido, y que selló con su sangre su amor á la libertad.

La llegada de éste auxilio y la disposición favorable en que se hallaba el rumbo para secundar el pensamiento insurreccional, hicieron que el Gobierno de México, temiendo las consecuencias, se pro-

pusiese desbaratar esas reuniones de fuerza armada, y para el efecto, organizó varias expediciones, de las cuales daremos una idea sucinta, ocupándonos sólo de las más notables.¹

La primera la realizó el Conde de Castro Terreño, quien juzgando la empresa de alta importancia, creyó oportuno ponerse á la cabeza de la expedición llevando casi todas las fuerzas que tenía en Puebla á sus órdenes.

Salió de esta ciudad el 15 de Mayo de 1813 y llegó á Zacatlán el 19 del mismo; cuya población abandonó el Jefe Osorno que la poseía.

Castro Terreño mandó destruir las fortificaciones, la fundición de artillería, la maestranza y las máquinas de hacer moneda, construido todo bajo la hábil dirección del Ing. Beristain, en el inmediato pueblo de San Miguel Tenango.

Ningún resultado práctico obtuvo de la invasión; sin embargo, en su retorno hacia el punto de partida, y que practicó el 19 del expresado mes, fué atacado en la Hacienda de Atlamajac, de la misma demarcación, por una pequeña fuerza que mandaba el cura de Hueytalpan, Ortega y Muro, quien herido, cayó prisionero y murió á poco; según algunas personas, de las heridas, y según el historiador D. Carlos Bustamante, mandado envenenar por Castro Terreño, *dizque por no dar en Puebla el escándalo de la ejecución de un Eclesiástico.*

La segunda embestida la llevó á cabo el Teniente Coronel Llorente, que ocupó el pueblo, sin resistencia, por haberlo abandonado los insurgentes: el Jefe de éstos, el valiente Osorno, se situó con sus fuerzas en un punto llamado "Las Mesas," perteneciente á dicha Hacienda de Atlamajac: atacado en ese punto por Llorente, éste fué derrotado después de un reñido combate, teniendo que retirarse al pueblo de Tlaxco.

Otra invasión sufrió Zacatlán por las fuerzas del Comandante Samaniego, que mandaba el 4º Batallón de Guanajuato, aunque sin ningunas ventajas para la causa realista; pero la más importante de esas agresiones fué la que llevó á cabo el Coronel D. Luis del Agui-

¹ Seguimos en esta relación lo consignado en las Gacetas del Gobierno virreinal, lo escrito por los historiadores Alamán y D. Carlos M. Bustamante, y lo recogido de datos suministrados por algunos contemporáneos.